Fernando me solicita que escriba, petición que hago con agrado y también con agradecimiento por sus generosas entregas. Pero ocurre que a más edad mayor abundancia de recuerdos en detrimento de la creatividad que otorga la juventud. Poco interés tendrán estas ideas, salvo el parangón emotivo de un piloto de la Segunda Guerra Mundial que sobrevolase los lugares donde combatió. Sin embargo, me parece que una mayoría de trabajos actuales también recurren al pasado, tabla salvadora del actual parón ufológico.

 Por un *fenómeno insólito* ― par de acertadas palabras que titulan la Revista― me introduje en este laberíntico mundo, centro de mi interés. A mediados de los años sesenta la proliferación de noticias periodísticas sobre el avistamiento de ovnis fueron tan numerosas que me provocaban una pregunta: «¿Será que una locura colectiva nos invade? Pero profesionales poco dados a la elucubración afirmaban con datos contundentes la observación de objetos volantes, ya en los cielos o incluso en la tierra. Ellos lograron que lo inaudito discurriese hacia lo posible y que testimonios menos cualificados lograse una mayor consideración.

En esas estoy. Medio siglo navegando por travesías donde conocí a diversos navegantes que, al usar diferentes cartas de navegación, los llevaron a singladuras dispares. En épocas pasadas me crispaba la referida constatación, pero en la actualidad me parece normal y laudable. Si en cualquier faceta la revisión o deconstrucción resulta higiénica, más necesaria lo es con la trama de lo insólito. Estos fenómenos poseen un gran ropaje de teorías pero son pobres en pruebas; ahora bien, este contraste de situaciones, si cabe, los llenan de atractivos.

¡Cuántas veces he pensado abandonar! como si los sentimientos pudiesen dejarse aparcados para olvidarlos definitivamente o recogerlos al cabo de cierto tiempo. Durante estos cincuenta años las lecturas alcanzaron un bagaje considerable, los comentarios de los testigos, las experiencias campestres, los numerosos documentales, el copioso bagaje de engaños producidos con premeditación por mentes obtusas provistas de un sentido del humor dañado, más los errores presididos por las buenas intenciones…

Ahora valoro aquellos felices tiempos, tópico que se niega a desaparecer. Envuelto por la inocencia solo existía una hipótesis: la extraterrestre. Y, dominando el temor ante un encuentro anhelado, pasé muchas madrugadas absorto ante un firmamento espectacular, telón de fondo de un espectáculo que se negaba a exhibir a sus singulares actores. La parte razonable o sensata de mi mente se sublevaba ante evidencias: imposible que vengan de nuestro Sistema Solar, corralón de vecinos inhóspito, pero aún mucho más inviable sería que llegasen de otros confines inmensamente lejanos del Universo para demostrarnos lo tímidos que son.

Y entonces apareció el peligroso término ‘creyente’, como si de una fe se tratara. Empujado a un callejón sin escapatoria factible, deambulé entre un mar de conjeturas. Un hito fue el artículo que en año 1968 apareció en el ABC donde don Enrique López Guerrero, cura de Mairena, donde aseguraba haber recibido cartas de los ummitas. Pero, pasada la euforia inicial, leido con mucha voluntad el voluminoso libro que escribió posteriormente, volví a ese duermevela donde las nebulosas mentales encuentra tierra abonada.

Tengo la impresión de que los virus políticos también contagiaron a los ufólogos, sobre todo a los más populares. Aparecieron guerras troyanas más destinadas a combatirse con rudimentos filosóficos que a defender con racionalidad las teorías. También surgieron los coleccionistas de casos que, con todo el mérito por la constancia tampoco resolvían gran cosa. Afortunadamente, sin radical premeditación, participé en una modesta división, estudiando los panoramas a distancia, desde la atalaya de un alegre escepticismo.

Soy un enamorado de la ciencia, a pesar de sus errores y fraudes, sobre todo por su naturaleza antidogmática, fundamentos críticos y rigurosidad. En un reciente encuentro con el famoso Adrián Sánchez, persona encantadora y testigo excepcional de un episodio ovni, decía que muchos conceptos aparecidos en diversos medios nunca los dijo: «Fueron invenciones de los entrevistadores para llamar la atención…». Afirmación constatada por el que suscribe en muchas ocasiones.

 Por lo cual, y hasta que la ciencia se implique decisivamente no espero que surjan avances para explicar la abrumadora cantidad de elementos absurdos. No se podrá avanzar sin asumir fundamentos que pertenezcan a disciplinas distintas, cuestión nada baladí.

Recuerdo que en muchas observaciones nocturnas llevé aparatos tecnológicos ―basados en la ciencia electrónica― como detectores de presencia, rudimentarios magnetómetros, barreras de infrarrojos, receptores de radio sintonizados en bandas de altas frecuencias…, artefactos que proporcionaron cero resultados. Hoy, surcados los cielos por miles de sofisticados satélites, dudo que escape de su detección un trozo de chatarra espacial errante, mucho menos naves metálicas procedentes de otros mundos.

Pero la estupefacción me surgió cuando amigos de toda solvencia me aseguraron que una noche, tras una concentración, sentados en círculo, ‘provocaron’ que una luz aumentase de tamaño, se colocase en la vertical e iluminase el campo como si fuese pleno día. El pánico se apoderó de una muchacha y aquella ‘respetuosa luz’ se alejó tan rápida como llegó.

Impactado por el suceso me dirigí hacia esa otra atractiva puerta cuyos portazos golpeaban a los ovnis de tornillos y remaches. La ufología comenzó a interpretar un desconcertante número circense repleto de payasos y humoristas. Comprendí la dificultad de definir un misterio aleatorio, multifacético que como gigantesco caleidoscopio nos presentaba sus numerosas luces y sombras. Arrojé a la papelera cualquier idea preconcebida, peligro involucionista para cualquier buscador libre. Me encontré carente de preparación en muchos campos relacionados con la ufología y mi modesta biblioteca giró hacia los Jungs y compañía para enriquecer otra cara de la ciencia.

La ufología tomó un cariz cultural, potenciada por una prensa ávida por sobredimensionar lo sensacional. Ya en el lejano 1952 surgieron los primeros contactistas, heterogéneo gremio muy crítico con las religiones oficiales. Sus contradictorios mensajes llenaron volúmenes que despertaron el interés de muchos estudiosos, sorprendidos por algunas verificaciones. A su vez, alados fantoches de túnicas y avalorios protoganizaban fanfarrias televisivas. Los rancios espiritistas pusieron en venta sus barrocas salas y las médiums limpiaron las escaleras de las lujosas casas del brujerío emergente.

Ahora cabalgo entre la segunda ley de la termodinámica, la que asegura que cualquier civilización tecnológica necesita para su desarrollo volcar en el espacio el calor deshechado, dejando como huella su radiación infrarroja, y el buen testigo que, huidizo y vergonzoso te asegura que lo vio, recién dejada la novia, camino de su casa para trabajar al día siguiente.

En estas improvisas líneas me acuerdo ahora de don Manuel Osuna cuando en un día otoñal, poco antes de fallecer, pero conservando el vozarrón del buen maestro, me decía: «A que me voy al otro mundo sin saber qué es este asunto que persigo desde hace tantos años…». Le diría lo mismo, con un consuelo añadido: «Los Ovnis nos ayudaron a conseguir una apertura mental y aceptar que dentro de esta caja hay demasiadas cosas. Don Manuel, no olvidemos que nuestro cerebro es el resultado de cientos de miles de años de competencia por subsistir y de reproducirse en un medio hostil; por ello actuamos antes de pensar, porque de esos milisegundos sigue dependiendo nuestra supervivencia…».

Preguntan cosas sencillas; hablan el mismo idioma; el interior de las naves se parece a un hospital; piden agua para un compañero enfermo; respiran (¡oh casualidad!) en nuestra atmósfera sin dificultad… Las escenas de aquellos tiempos románticos poseían una carga simbólica elevada. Hoy todo parece más sombrío: el gris de las epidermis y sus grandes testas con ojos de insectos impasibles carecen de esa ‘humanidad’ que tenían los supuestos adanskianos, por ejemplo. No creo que la ufología vuelva a ser lo que fue en los años 70.

Creo que gran parte es producto de nuestra mente al poseer una imaginación compulsiva. Nos autoconvencemos de cosas que no son reales, siempre expuestos a las influencias de relatos atávicos, quizá ― y como aventura Richard Dawking― nuestros genes afectivos han decidido despertar nuestras neuronas dormidas. Y entonces, ¿cómo podemos hacer de la realidad la base filosófica si lo que consideramos real depende de nuestras teorías?

Me quedé estupefacto cuando me enteré ―ahora no recuerdo la fuente― que se han producido 70 millones de avistamientos sin una prueba. Deduzco que no dejar rastro en una cantidad tan abrumadora roza la perfección total o, la alegría en dar cifras resulta un deporte divertido para algunos.

Manifiesto de antemano mi incapacidad de comprensión ante los muchos fenómenos complejos relativos a la mecánica cuántica. Ni una sola de sus predicciones se ha demostrado incorrecta. Por ello, tengo el convencimiento de que algún día las facultades paranormales podrán explicarse por la física cuántica, incluida la temática que nos ocupa. Si todo organismo es una hipótesis, incluido el cerebro, nuestro gran simulador, manipulando átomos podríamos construir lo que quisiéramos, incluso algo tan complejo como la conciencia. ¿Cabe dudar ―como dice mi admirado Ignacio Chirac― que un conjunto de átomos dan lugar al fenómeno de la vida?

Termino transcribiendo unas breves frases relativas a la mecánica cuántica: «La realidad del mundo físico depende de la intrusión de un observador consciente. Los átomos y las moléculas no están en ninguna parte hasta que nuestra observación los crea. Puede sonar a misticismo pero los experimentos cuánticos sacan a la luz un enigma que desafía nuestra visión cotidiana del mundo. La propia observación crea la realidad observada. El teorema de Bell permite demostrar la existencia de las acciones fantasmales negadas por Einstein. Hay intrigantes indicios de una conexión entre lo que llamamos mundo físico y lo que llamamos mente».

Lo importante es hacerse preguntas, sin pretender obtener respuestas inmediatas. Preguntas que abran sucesivas interrogantes constituyen la grandeza del hombre. Las conclusiones algún día llegarán.